

DON LOPE DE SOSA

Por Santiago de Morales

HAY quien nace con suerte y quien nace desgraciado. Es inútil querer enmendar esta desigualdad; por mucha democracia, mercado común, socialismo y comunismo que se le eche. Y dentro de los límites de esta España, y en ella en ese aparte que llaman Andalucía y que empieza en Despeñaperros, hasta las espumas del mar Mediterráneo, y en las parcelas que llaman Jaén y Almería, sean ignoradas por la gran mayoría de los españoles; antaño por ser tierra de moros, y por ello ser desconocida de los cristianos, y hogaño, porque de chicos aprendimos de «carretilla» la historia solamente para aprobar los exámenes, olvidando enseguida lo aprendido.

Sí, nos suena eso de las Navas y Bailén; pero también faltos de geografía, llega nuestra santa ignorancia a no determinar el lugar; y del último nombre, tenemos ahora, gracias al Ministerio de Turismo, la existencia de un albergue de carretera.

No es de extrañar. En el escudo de España figura con todo honor Castilla, León, Navarra y Aragón y en él todo Levante. De Andalucía, a pesar de sus ocho provincias, sólo hay un cachito chiquirritín en su punta pequeñita; una simple granada. De Jaén y Almería, ni hablar. Ustedes sabrán cómo para el gran público, se enteraron de que Jaén existía por oírsele a los locutores de la radio, cuando subió por primera vez su equipo de fútbol a primera división. Almería es aún más desgraciada. Ha dejado de ser Almería, ha perdido su personalidad, para convertirse en el cálido desierto del Sahara o Arizona, o las Pampas u otro cualquier rancho americano, según se puede comprobar en el cine; porque Almería la han tomado los americanos como escenario.

No hace tantos años, ir a Jaén o Almería era una completa odisea; Jaén estaba más perdido en la guía de ferrocarriles que los cerros de Ubeda. De Córdoba a Jaén se tardaba más que hoy de la tierra a la luna.

Disfruta nuestra tierra, gracias a la Providencia, del aceite y del sol, cosas que también se ignoran. De aceite se mencionan las aceitunas sevillanas y el aceite de cacahuet o de soja; el de Jaén, como muchos de sus hijos, pasa la frontera para convertirse en italiano. La fiesta del olivo no se celebra tampoco en ningún pueblo de Jaén; se festeja en Mora, que pertenece a Toledo.

Y del sol, ya hablé en otra ocasión. La tierra o costa del sol con propaganda turística, se la adjudica a los contornos de Málaga, a pesar, según las estadísticas, de tener Jaén el mayor número de días de cielo despejado y soleados: 194, contra 107 de Málaga, 147 de Sevilla y Cádiz, 143 de Córdoba y 137 de Granada.

Pues bien; como un verdadero Don Quijote, desfacedor de entuertos y defensor de la justicia y amparador de desvalidos, jinete en la ilusión, se alzó un caballero; y en su escudo colocó como lema «Por Jaén y para Jaén». Y a esta empresa se dedicó con todo el afán y con todo entusiasmo de su corazón, y llamándose Cazabán quiso, quizás por humildad, tomar el nombre de aquel otro hidalgo que nos habla Baltasar de Alcázar —«En Jaén donde resido, vive Don Lope de Sosa»—. Y con su pluma en ristre nos fue mostrando los encantos, tesoros, virtudes y heroicidades que atesora esta tierra, y enalteció a sus pueblos y a sus hombres; labor muchas veces ignorada, por no ser comprendida ni correspondida por aquellos que más le debían agradecer.

Por eso creo que es de estricta justicia este homenaje, que incluso íntimo, se le tributa en estas páginas, al que con gusto me uno, para pagar un poco de los réditos que le debo de lo mucho que me entregó. Porque don Alfredo Cazabán, sobre todos sus valores indiscutibles de inteligencia y saber, sobresalía su bondad.